

Por Enrique Lafourcade

"No soy yo, ni nadie
¿lo oyen ustedes,
señores? ¿Quién quiere
que le envíe mis padri-
nos?, el que puede jugar
al conde. No puede
jugar a Lauremson.
Se le reconoce a su paso y
al saludarle nos inclina-
mos hasta el suelo. Doy
mi vida a aquel o aquella
que me lo haga olvidar
para siempre". —Philippe
Sompault, según Andre
Breton—.

Hace diez años moría Teófilo Cid. Embarazado con su propia muerte. En una cama común de hospital. Gritos de niño. Se nace a la muerte con entusiasmo. Y hasta es posible que el biberón, la mameadera de la muerte sea la poesía. ¿Por qué, si no, buscar entonces con tanta furia a la primera? Conjeturemos que andan de la mano. Teófilo era una leyenda. Se le ha comparado al Verhaene de los últimos años. Átlico como un griego. Rodeado de discípulos, de jóvenes poetas que venían del norte y del sur y a los cuales él iniciaba en los misterios. Pasada la medianoche en "Las Torcazas" o en el "Bodegón" (tuvo y seguirá teniendo muchos nombres) o en el viejo "Iris", se oía rugir como al más bravo león del zoológico, al poeta. Confieso haber utilizado su

prestigio y anecdótico para "hacer" un protagonista que trabaja por lo menos en dos de mis novelas. Martín Cerda me denuncia y, amistosamente, me acusa de "vampiro". No hay otro camino. El draculismo sistematizado. Pocos recuerdan "Contrapunto" de Aldous Huxley. Y menos, saben que hay allí verdaderos retratos de D. H. Lawrence y diversos otros escritores y políticos de la época. Teófilo Cid era más protagonista de novelas que hacedor de las mismas. Aunque en sus cuentos se insinúa como un gran narrador, no llegó nunca a mayores. La poesía que escribiera, es decepcionante. Oropesía. El fue un poeta que se prodigó en la vida, en las tertulias y mentideros de la noche de Santiago, sembrando nombres en los bares, exorcista contumaz del empleado público. Habría ya que agradecerle el haber dejado tantas preguntas y dudas en la cabeza de piedra pómez de muchos funcionarios, de esos que juegan al cacho, y sueñan con perseguidoras, "Miserable" era su adjetivo predilecto. Al paso, recordemos el de Darío: "Admirable".

Hablar de Teófilo es siempre un riesgo. Tiene una centuria completa de incondicionales. Conmueve ver la adhesión de éstos. Un intocable. Aunque jamás lo

regateó su inteligencia, sus muchas lecturas; pero no había relación entre su obra y su teoría poética y literaria. Pontífice en tantas derruidas catedrales del vino tinto, amasaba unos puñados de greda roja, esos jóvenes vates que corrian a su luz.

Sin embargo, no hay dudas de que Teófilo, tan amado por Dios, hizo suya la frase de Huidobro: "he vivido una vida que no puede vivirse. Pero tú, Poesía, no me has abandonado un solo instante". Vicente Huidobro, su maestro. Teófilo, el traductor de las obras de Huidobro. Paz para él.

Las ciudades tienen una respiración, que oyen los poetas. El gran auditor de Santiago fue Teófilo. ¿Por qué no logró contar, publicar estas voces? ¿Por qué no pudo ver y oír, otro? ¿A pesar de que yo soy otro? Maestra, derramada, admoniciones, Teófilo enciende corredores y precipita a sus discípulos en la locura, les entrega unas redecillas para capturar mariposas y les entrena en el arte de distinguir a los "miserables". Restituye el esplendor del harapo, conjura la miseria envuelto en una ampolla de vidrio al vacío, como si viniera llegando de la Luna o Marte, se pasea por la Alameda de las Delicias sollozando de alto a abajo, con alaridos de gran sordo. No lo estuve jamás.



Sensibilizado, recibía por su propia vía-satélite unos coros de sirenas del Mediterráneo, o las razones de las estrellas que como ratas luminosas andan a carreras por el cielo.

Platón afirma que la poesía es una de las expresiones de la locura. Aunque declara que se trata de "locura divina". Y ve al poeta como "un ser con alas", comunicado con los dioses. Aristóteles los declara (apenas) "imitadores". Una u otra cosa, no sirven a nadie. Ni a ellos mismos. Hay que espantarlos de todas las repúblicas. Porque ellos viven en espanto. Corren gritando a los brazos de la vieja nodriza. Teófilo Cid lo hizo hace diez años. Felicidad. No sueña.

E. L.

El Secreto espanto de la poesía [artículo]

Libros y documentos

AUTORÍA

Lafourcade, Enrique, 1927-2019

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Secreto espanto de la poesía [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa